



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Para una historia de la cultura de la paz
(carta de Francia)

Autor: Lamm, Herbert

Forma sugerida de citar: Lamm, H. (1996). Para una historia de la cultura de la paz (carta de Francia). *Cuadernos Americanos*, 2(56), 41-47.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PARA UNA HISTORIA DE LA CULTURA DE LA PAZ (CARTA DE FRANCIA)

Por *Herbert LAMM*
CRÍTICO FRANCÉS

LA HISTORIA NO es una ciencia exacta, es un saber sobre el pasado. Ya en el momento en que se produce un acontecimiento, éste es percibido por cada observador de manera subjetiva. Cada día se producen numerosos acontecimientos en el mundo, y cada uno elige los que ese día le parecen más importantes. Luego, a medida que se alejan de nosotros, son tan numerosos que se siente la necesidad de poner un poco de orden en toda esta información, que no se pueden simplemente "contar" de cualquier manera. Pero siempre hay gente de hoy que habla de ayer. Y lo que dicen siempre corresponde a su elección, dictada por su "filosofía" de la historia. En ésta integran su visión del porvenir: hablan de un pasado cuyo porvenir conocen, un porvenir desconocido a los contemporáneos. Los que saben no van a copiar a los que ignoraban. Los historiadores no van a copiar los documentos de archivo. Pero de lo que los hombres inventan todos los días, no todo es comprendido y retenido por los contemporáneos, especialmente las ideas que están avanzadas para su tiempo. Hay siempre gente que produce ideas tales que quedan por mucho tiempo ignoradas por casi todos. La posteridad descubre a veces mucho tiempo después a estos inventores, gracias a la memoria de la humanidad que, si no siempre es equitativa, es por suerte vasta. Jamás se pierde el tiempo buscando lo que falta a nuestro conocimiento.

De este modo, lo que sabemos de nuestro pasado se enriquece todos los días con estos descubrimientos que arrojan resplandores siempre nuevos sobre el pasado. A medida que éste se aleja de nosotros se desprenden una o varias maneras de comprenderlo que son el resultado de una aclaración, la cual es también una simplificación del pasado que permite percibir un cierto orden en lo que no parece al principio sino el caos. El pasado entonces se convierte en historia.

Es éste un proceso permanente. La historia no es elaborada de una vez para siempre. Se escribe sin cesar, ya que el presente se transforma sin cesar en pasado. Entonces uno no puede dejar de preguntarse si ciertas visiones del pasado corresponden todavía o no a la nueva visión que el presente desencadena en nosotros por un saber hasta entonces ignorado. Hoy sabemos, por ejemplo, que la humanidad e incluso la tierra son mortales y que debemos prestar atención al mundo que dejaremos a nuestros hijos. En esta situación nuestra visión de la historia influirá mucho sobre nuestro pasado y sobre nuestro porvenir.

Es a partir de estas reflexiones que nos proponemos aquí esbozar una visión de la historia de la humanidad que, partiendo de la división y de sus bárbaras y obsoletas querellas —suponiendo que haya querellas que se puedan considerar legítimas— trazaría las etapas hacia una civilización de la unidad y de la solidaridad.

A veces nos referiremos al “año dos mil”, como si en poco más de cuatro años debiera terminar una época de la historia de la humanidad y comenzar una época del todo diferente.

Pero ¿la evolución de las cosas coincide con el desarrollo del calendario gregoriano? Numerosos ejemplos ilustran más bien lo contrario. Tomemos el caso del siglo XVIII: ¿cuándo empezó realmente y cuándo terminó este “Siglo de las Luces”? El Tratado de Utrecht de 1713 puso fin a la Guerra de Sucesión española en detrimento de la posición de España en Europa (pero no en América) y también puso fin a los sueños hegemónicos de Luis XIV. Inglaterra y Austria fueron los grandes ganadores de esta paz.

En Utrecht pasó sin embargo algo que a nuestros ojos legítima realmente este año como el comienzo del Siglo de las Luces. Quizás esto no es mencionado en los manuales de historia, pero el plenipotenciario francés en las negociaciones era el abate de Polignac, que estaba acompañado del abate de Saint-Pierre, quien había llevado consigo una *Memoria para hacer la paz perpetua en Europa*, un texto al que su jefe habría prestado “algun interés”.¹ Un diplomático no se asombraba pues por un proyecto que se situaba, diríamos hoy en la terminología de Umberto Campagnolo, en la política de la cultura.

Los mayores espíritus del siglo XVIII —con Voltaire a la cabeza— se han burlado del proyecto del abate de Saint-Pierre, pero para la historia de la idea de paz, para la historia de las relaciones

¹ Simone Goyard-Fabre, *Projet pour rendre la paix perpetuelle en Europe*, Paris, 1981.

internacionales, y sobre todo para el derecho internacional público, este proyecto ocupa un lugar definido. No se enseñan esas disciplinas sin por lo menos mencionar, a propósito de los orígenes de la Sociedad de Naciones, de la Organización de las Naciones Unidas y, más en general, a propósito del reglamento pacífico de los diferendos internacionales, el proyecto del generoso abate. Quizás es osado pero no absurdo afirmar que si el siglo XVIII comenzó el año de la paz de Utrecht, 1713, este año fue también el de la publicación de los dos primeros volúmenes del *Proyecto de paz perpetua* del abate de Saint-Pierre.

Ese mismo siglo culmina pero también termina en agosto de 1789 con la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, que contiene un conjunto de principios en los cuales los grandes pensadores de este siglo habrían reconocido su sueño para la humanidad. Aunque del mismo modo, por desgracia, en la serie de acontecimientos revolucionarios, sobre todo en el Terror, habrían encontrado sus pesadillas. Quienes vivieron también esos años lo han testimoniado sin por ello subestimar la trascendencia histórica de la Revolución Francesa.

El siglo XVIII ha sido, pues, abreviado en su comienzo y su final. Ha sido un siglo corto.

El que le siguió iría, según los historiadores, del Congreso de Viena, que puso fin al imperio de Napoleón I y a su dominio en Europa, hasta la Gran Guerra (1914-1918). Pero también ahí dos años llaman la atención: 1899 y 1907, cuando tuvieron lugar las dos conferencias de La Haya que elaboraron un modesto aparato jurídico para resolver pacíficamente los conflictos internacionales, con el establecimiento de una Corte Permanente de Arbitraje y la adopción de reglas concernientes a la conducción de la guerra. El papel desempeñado por el siglo XIX aparece entonces bajo una nueva luz. En la historia de la paz las convenciones de La Haya y el nombre mismo de esta ciudad mítica han quedado como un símbolo de la aceptación por parte de los Estados de ciertas reglas de buena conducta en la sociedad internacional que antes sólo habrían osado reclamar las asociaciones de pacifistas. A pesar de los magros resultados de estas convenciones,² las mismas han estado presentes en el espíritu de los redactores del Pacto de la Sociedad de Naciones. Éstas inauguraron, pese a lo que se dice, una nueva orientación de las relaciones entre los Estados hacia esa comunidad internacional que

² Ervin Laszlo y Jong Youl Yoo, *World encyclopedia of peace*, Nueva York, Pergamon Press, 1986, vol. I.

se ha hecho realidad en nuestros días, incluso si se le reprocha todo lo que no ha logrado aquí y allá, porque se espera de ella lo que no se esperaba en otra época de nadie, ya que el estado de espíritu de los pueblos ha cambiado. Sus decepciones son tan grandes como lo fueron las esperanzas, que son una expresión de esta cultura de la paz que se abre fatigosamente camino en las conciencias y en la práctica que engendra.

Proponemos pues que nuestro siglo comenzó en 1907 en La Haya y terminó en 1989 en Berlín. Ha conocido lo mejor pero también lo peor, la esperanza pero también la desesperación, las mañanas que debían cantar pero también las que han decepcionado. Sería indecoroso querer establecer una jerarquía de las tragedias de nuestro tiempo, pero, en el conjunto, una ha sobrepasado todo lo que se había conocido antes: la nación que había dado al mundo los mejores compositores, los mayores científicos, filósofos, escritores, poetas, fue presa de una locura tal que creyó pertenecer a una "raza" superior a todas las otras "razas" y que debía dominar el mundo. Se puso a perseguir y luego a exterminar a la "raza" judía. La historia nunca podrá borrar esta vergüenza del rostro del género humano. Sin embargo fue en Berlín donde nació una esperanza cuando, en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989, los berlineses del Este franquearon el anacrónico muro para alcanzar a los berlineses del Oeste. Era en la primavera, en noviembre, como escribió *Le Monde* casi olvidando conmemorar el armisticio de la Primera Guerra mundial, fecha sin embargo prestigiosa en la historia de Francia. Si Goethe hubiera vivido ese día habría podido repetir las palabras de Valmy: "Aquí y en este día comienza una nueva época de la historia del mundo y usted podrá decir que estuvo allí".³ Esta vez fue Mstislav Rostropovich quien estaba allí e interpretaba junto al muro tres suites para violonchelo solo de Juan Sebastián Bach! La cultura alcanzaba la historia. Poco después Leonard Bernstein dirigió una orquesta internacional que interpretó la *Novena Sinfonía* de Beethoven con su célebre "Oda a la Libertad", sobre el texto de Schiller (oda convertida en el himno de Europa). Noviembre de 1989 marca realmente el final de un siglo corto y el comienzo de un siglo cuya duración aún no conocemos.

En el curso de nuestro siglo hemos conocido un muy largo periodo en el cual el sentimiento de nuestras certezas ha dominado al de nuestras incertidumbres. El mundo nos gustaba o no nos gustaba pero lo creíamos conocer, por lo menos tal como se nos presentaba

³ Johann Wolfgang von Goethe, *Ein Lesebuch für unsere Zeit*, Erfurt, 1952.

de acuerdo con nuestras convicciones. Desde noviembre de 1989 la relación se ha invertido; el sentimiento de nuestras incertidumbres se ha hecho mucho más fuerte, situación difícil de soportar, sobre todo para los intelectuales que recubren demasiado a menudo con su *corpus* de ideas la realidad ¡aunque ésta deba sufrir! Las incertidumbres posteriores a 1989 los han perturbado a tal punto que hay entre ellos algunos que extrañan —en la calma de sus cubículos de trabajo— su comodidad intelectual de los tiempos de la guerra fría, cuando la teoría estaba fijada y se podía por así decir deducir la realidad a partir de la teoría en lugar de elaborar la teoría a partir del análisis de la realidad. No hay que olvidar sin embargo que la gran incertidumbre deriva también del malestar inducido en los espíritus por la introducción en la sociedad de ese poderoso instrumento técnico que es la computadora y que son las redes mundiales informatizadas, que están por transformar completamente el modo de producción y más en general el modo de existencia de las sociedades humanas. Esta técnica es un factor de unificación del mundo que, confiamos, favorecerá la paz por la fuerza de las cosas y no más por la fuerza a secas, haciendo caduco el adagio de los romanos que, en nombre de la paz, ha provocado tan a menudo la guerra.

La inmensidad de los datos que estas redes han almacenado ya, y almacenan a cada instante gracias a la participación de millones de personas en toda la tierra, hace que los investigadores estén obligados, o crean estarlo, a conocer todas estas informaciones antes de osar expresar la menor opinión personal. Se transforman así en comentaristas eternos de lo que piensan los otros y la unificación del mundo corre el riesgo de conducir a una homogeneización del pensamiento. A fin de cuentas el investigador deja a la computadora el cuidado de pensar en su lugar.

A causa de la inversión de la relación certeza/incertidumbre se difunde la costumbre de plantear cuestiones sin aportar respuestas. Algunos politólogos, tras haberse atrevido a emitir una opinión, emprenden en seguida la retirada y se apresuran a añadir que es necesario ser “prudentes”. Pero a fuerza de ser prudente uno deja de ser lúcido. Ahora bien, un verdadero debate supone que cada uno exprese su pensamiento arriesgándose a equivocarse.

Debe reconocerse que la abundancia de información de la que se dispone no facilita forzosamente la comprensión de los fenómenos. Es útil hacer un inventario de lo que se puede constatar con alguna certeza y de lo que se puede imaginar razonablemente. El Muro de Berlín ya no existe y, si uno no es berlinés, no sabe ya incluso por dónde pasaba. Quedan secuelas de aquellas divisiones en los

espíritus, y no sólo en los de los alemanes... Los países de Europa del Este quieren sumarse a la Unión Europea. En el marco institucional de ésta, las naciones europeas conservarán sus tradiciones y sus culturas. Incluso puede que algunas culturas, por mucho tiempo sofocadas por los Estados, vayan a renacer. Los Estados gastarán menos en sus ejércitos porque, habiéndose descartado el peligro de una guerra mundial, ya no hay en absoluto por qué arruinarse. Las experiencias nucleares cesarán completamente, las armas de exterminio masivo serán puestas fuera de uso y su fabricación prohibida. Paralelamente a la constitución de los grandes conjuntos continentales se abrirá camino una tendencia a la descentralización política y administrativa (por ejemplo, según el principio de subsidiaridad aplicado a la Unión Europea); esto no dejará de presentar peligros, como lo ilustra el caso de la antigua Yugoslavia, pero la autoridad creciente de la ONU, organización inevitable en la escena internacional y que dispone de una fuerza internacional propia, hará que las guerras locales tienten cada vez menos a los amantes de aventuras belicosas y a los ambiciosos de todo tipo. Por el contrario, es de temer que la violencia extremista subsistirá por más tiempo que las guerras locales. Sería inútil taparse el rostro: existe un potencial de violencia en el seno de las sociedades humanas, debido a múltiples factores duraderos o pasajeros, violencia que hay que canalizar hacia diversas fórmulas que permitan a la gente expresarse sin agredirse. Es posible que una moneda común o única sirva a los intercambios económicos y sea quizás una síntesis progresiva de varias monedas admitidas por una mayoría de países. Esta moneda permitiría reducir los movimientos especulativos de los capitales y aseguraría una mayor estabilidad a las corrientes comerciales. Las intolerables diferencias entre los niveles de vida de los pueblos tenderán a atenuarse. Existe el peligro que las grandes compañías mundiales industriales y financieras sustituyan a los Estados como pretendientes de dominio sin tener en cuenta los intereses de los pueblos, pero estas compañías también necesitan la paz. De cualquier modo, el reforzamiento de la ONU se impone también bajo este ángulo. En cuanto a la sociedad liberal, podría no aparecer ya como el único modelo posible de sociedad, incluso si el comunismo, tal como lo ha conocido el siglo xx, ha sido a la vez un fracaso y una tragedia, porque no se puede imponer a los pueblos vivir en un sistema que no han elegido; hay que dejar la posibilidad de elegir el sistema societal en el cual quieren vivir. Se trataría quizás de la unión de la democracia política con una democracia social y económica, en la cual todos podrán elegir el tipo de sociedad correspondiente a sus

aspiraciones. Podría pues haber sociedades que impliquen diversos tipos de modos de producción y de consumo, como hay una pluralidad de partidos políticos por los cuales se vota libremente. Los intereses comunes de la humanidad, la paz ante todo, la detención de la carrera armamentista, la interdicción eficaz de la fabricación y del tráfico de drogas, la lucha contra las epidemias y otras tareas de interés general de los pueblos estarán a cargo de la ONU y de sus agencias especializadas, cuando todas estas instituciones conozcan probablemente reformas que les permitirán cumplir las nuevas funciones confiadas por la comunidad internacional.

Permanece sin embargo una gran incertidumbre: el progreso científico y técnico que ha conocido nuestra época ¿va a servir por fin a esta cultura de la paz de la que la humanidad tiene tanta necesidad para realizar aunque más no sea una parte de este programa algunas de cuyas pistas se acaban de indicar? Hay que pensar en una cultura de la paz donde la paz no reinará a causa de una relación de fuerzas sino porque todos habrán por fin entendido que “no se elabora una sociedad humana sobre montones de cadáveres”.⁴

¿El progreso científico y técnico perpetuará, por el contrario, lo que algunas personas a menudo bien intencionadas llaman la “cultura de la guerra”?⁵ Las pocas reflexiones aquí expuestas han querido favorecer la tesis contraria sin caer en la candidez. Se puede concluir que la cultura de la paz habrá triunfado cuando pensemos de una manera de tal modo nueva que la historia de la cultura de la paz forme parte de los manuales escolares y que los niños digan, si se les pregunta lo que piensan de la “cultura de la guerra”, que “cultura” y “guerra” son dos palabras que no quedan muy bien juntas. El centro de gravedad del análisis histórico habrá sido entonces desplazado hacia los esfuerzos de los hombres de buena voluntad en favor de la idea de paz, el relato de los éxitos logrados pero también de las derrotas sufridas, más numerosas pero menos significativas en la perspectiva de una historia convertida en la historia de la cultura de la paz.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

⁴ Louis Lecoin, en un texto que figura de manera destacada en la publicación mensual de la Unión Pacifista de Francia.

⁵ Carta del autor a la revista *Sources* de la UNESCO, núm. 65 (enero de 1995).